

Internet hace renacer el sueño de universalidad, de un mundo en el que la humanidad participe del intercambio de ideas. Pero también suscita la angustia de ver desaparecer la cultura del libro. ¿Cuál es el futuro del libro? ¿Qué nos enseña su pasado? Roger Chartier nos recuerda que no pocas revoluciones, entre ellas la de Gutenberg, vividas como amenazas en su momento, por el contrario, crearon oportunidades y aperturas. Además, demuestra por qué la historia del libro es inseparable de los gestos violentos que lo reprimen, desde los autos de fe a la censura; pero también cómo la fuerza de lo escrito ha hecho que esta voluntad negra resulte trágicamente irrisoria. Así es cómo la negación del autor finalmente condujo al reconocimiento de sus derechos, derechos que hoy, la inmaterialidad del texto electrónico vuelve a poner en tela de juicio.

En esta evocación del juego de roles entre autor, lector, editor y soportes técnicos del texto escrito, Roger Chartier no cae en la nostalgia conservadora como tampoco en la utopía ingenua. Porque las revoluciones del libro reflejan la tensión fundamental del mundo contemporáneo, desgarrado entre la afirmación de las particularidades y el deseo de lo universal.

Roger Chartier es historiador y director de estudios de la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Especialista en la historia del libro y de la lectura, Chartier ha publicado y dirigido numerosas obras. Entre ellas, Gedisa ha publicado *El mundo como representación*, *El orden de los libros* y *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*.

gedisa
editorial

Código: 333420



COLECCION

L e A

Lenguaje · escritura · Alfabetización

Dirigida por Emilia Ferreiro

20

Las revoluciones de la cultura escrita

Roger Chartier

gedisa

Roger Chartier

Las revoluciones de la cultura escrita



*Diálogo e
intervenciones*

gedisa
editorial

COLECCION

L e A

I. Diálogo:

Título del original en francés:

Le livre en révolutions. Entretiens avec Jean Lebrun

Publicado por Textuel

© 1997 Les éditions Textuel

II. Intervenciones:

© Roger Chartier

Traducción: Alberto Luis Bixio

Primera edición: noviembre del 2000, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.

Paseo Bonanova, 9, 1ª 1ª

08022 Barcelona, España

Tel. 93 253 09 04

Fax 93 253 09 05

Correo electrónico: gedisa@gedisa.com

<http://www.gedisa.com>

ISBN: 84-7432-829-2

Depósito legal: B. 45874-2000

Impreso por: Carvigraf

Clot 31, Ripollet

Impreso en España

Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

EL LECTOR *entre restricciones y libertad*

La lectura siempre es apropiación, invención, producción de significaciones. Según la bella imagen de Michel de Certeau, el lector es un cazador furtivo que recorre las tierras de otro. Apropriado por la lectura, el texto no tiene exactamente —o en absoluto— el sentido que le atribuyen su autor, su editor o sus comentaristas. Toda historia de la lectura plantea, en su principio, esta libertad del lector que desplaza y subvierte lo que el libro intenta imponerle. Pero esta libertad lectora nunca es absoluta. Está sujeta a restricciones que proceden de las capacidades, de las convenciones y de los hábitos que caracterizan, en sus diferencias, las prácticas de lectura. Según los tiempos y los lugares, según los objetos leídos y las razones de la lectura, los gestos cambian. Se inventan nuevas actitudes y otras desaparecen. Del rollo antiguo al codex medieval, del libro impreso al texto electrónico, diversas rupturas mayores marcan hitos en la larga historia de las maneras de leer. Modifican la relación entre el cuerpo y el libro, los posibles usos de lo escrito y las categorías intelectuales que aseguran su comprensión.

Usted que escribió los prefacios y comentó los grandes libros de Norbert Elias, especialista de la civilización de las costumbres y de los buenos modales a la hora de sentarse a la mesa, ¿no cree que falta hacer y hacer descubrir una historia de las maneras de leer?

Elias mostró que el umbral de pudor y las normas de las conductas habían estado sometidas a exigencias que se reforzaron entre los siglos XVI y XIX. La instauración obligada del silencio en las bibliotecas universitarias de la Edad Media central va en el mismo sentido. Allí, en las bibliotecas, se encuentra esta misma idea de una conducta que debe estar reglamentada y controlada. Luego, también está presente en las sociedades de lectura del siglo XVIII que tuvieron gran importancia en la Alemania de la Ilustración. Esas sociedades están menos desarrolladas en Francia, pero son más numerosas en Inglaterra donde adquieren la forma de los *book clubs*. En sus reglamentos, se prevé que el lugar de la lectura debe estar separado de los sitios donde se desarrolla una distracción más mundana, es decir donde se puede beber, conversar y jugar. Los reglamentos de estas sociedades de lectura de Alemania constituyen uno de los soportes de lo que Elias denominó el proceso de civilización que obliga a los individuos a controlar sus conductas, a censurar sus gestos espontáneos y a refrenar sus afectos. Sin embargo, es necesario advertir los matices. La historia de las prácticas de lectura, a partir del siglo XVIII, es también una historia de libertad en la lectura. En este siglo las imágenes comienzan a mostrar al lector en medio de la naturaleza, el lector que lee mientras pasea, que lee en la cama, en tanto que, al menos en la iconografía que ha llegado hasta nosotros, los lectores anteriores al siglo XVIII leían en el interior de una sala de estudio, de un espacio privado retirado, sentados e inmóviles. El lector —y la lectora— del siglo XVIII se permite conductas más variadas y más libres, por lo menos cuando se los retrata en cuadros o grabados.

No obstante, esto ocurre rara vez. Sobre todo vemos cómo se manifiesta y desarrolla esta libertad a partir del momento

en que la lectura aparece representada por la fotografía y por el cine. En la mayor parte de las representaciones pictóricas, durante mucho tiempo el lector permaneció sentado.

Con la aparición de la fotografía y del cine, en cambio, el objetivo sorprende a los lectores, lo cual permite mostrar prácticas de lectura más desordenadas, menos controladas. La pintura o el grabado petrifican a los lectores en una actitud que remite a los códigos y a las convenciones que se le asignaba a la lectura legítima. Pero uno no puede inferir de ello que todos los lectores leían necesariamente sentados en el interior de un estudio o de un salón. Podían tener prácticas de lectura más libres que no se consideraran legítimamente representables. Los lectores de libros pornográficos o eróticos leían a veces con una sola mano, según la expresión de Rousseau. Un aspecto importante para el trabajo histórico es medir la posible diferencia entre, por un lado, lo que es lícito representar y, por el otro, los gestos efectivos, las prácticas reales. A menudo, los historiadores deben contentarse con registrar los desplazamientos operados en los sistemas de representación. Sería temerario sacar conclusiones demasiado apresuradas de la realidad de las conductas partiendo de representaciones codificadas que dependen, tanto de las convenciones o los intereses que rigen el acto de mostrar —mediante la pintura, mediante el grabado— como de la existencia o de la ausencia de los gestos que se muestran.

Así, un pintor vacilará mucho menos al representar un periódico que un libro. En el libro hay un secreto comparable al del retrato. Agregar un libro a un retrato es sumar un secreto a otro e imponerse una tarea muy difícil.

En los siglos XVII y XVIII, un periódico no tiene una estructura diferente de la del libro. Lo que usted menciona se manifiesta cuando el periódico adquiere un formato grande y una amplia difusión, cuando comienza a venderse en las calles en ejemplares sueltos. Es decir, se advierte una actitud

más libre: la gente lleva el periódico consigo, lo arruga, lo desgarrar, se lo da a leer a varios. Esto no dista mucho de las nuevas técnicas de representación como la fotografía o el cinematógrafo.

Si recordamos el artículo clásico de Walter Benjamin sobre la fotografía y el cine, vemos que tanto la fotografía como el cine se acercan al hombre común y permiten una mayor apertura al mundo social. Así es como aparecen representadas prácticas no legítimas o más espontáneas, mientras que en el pasado esas prácticas no se ajustaban ni a los códigos ni a los temas de representación. Benjamin señala incluso que, con el cine y el periódico, puede surgir una confusión de los roles entre productor y consumidor. En los periódicos, la diferencia entre el redactor y el lector se borra a medida que el lector se hace también autor, gracias al correo de lectores. Lo mismo ocurre en el caso del cine, cuando este se dedica a filmar a sus propios espectadores como actores presentes en la imagen, por ejemplo los obreros captados en el momento de salir de la fábrica Lumière o las multitudes revolucionarias. La mayor libertad de los gestos se vincula con la democratización del acceso a la representación y con cierto desdibujamiento de los roles que antes estaban estrictamente separados.

El libro continúa a veces siendo un objeto de distinción en ciertas fotografías oficiales —la de François Mitterrand, tomada por Gisèle Freund en 1981, por ejemplo— que perpetúa la tradición del retrato a la antigua de las personas de alcurnia.

El libro era señal de autoridad, de una autoridad que procedía, hasta en la esfera política, del saber que transmitía.

La fotografía, aunque por otros medios, parecería retomar el conjunto de los códigos que gobiernan el retrato del Antiguo Régimen. Esto puede apreciarse en un estudio en serie y sistemático de las fotografías oficiales de los presidentes de la República, inscriptas seguramente en la continuidad de los retratos oficiales pintados. Gracias a la representación del

libro, el poder se legitima por la referencia al saber. Se manifiesta así como “ilustrado”.

Si exceptuamos obras tales como las de Baselitz o de Barceló, ¿por qué en la pintura actual el libro está tan poco presente?

La pintura se aleja del libro ya en el siglo XIX, salvo excepciones tales como la de Fantin-Latour y Renoir. Pero los grandes pintores innovadores no lo toman como objeto privilegiado, quizá porque el libro pertenece al mundo de las normas. Sólo aparece en los retratos de la burguesía y no en las pinturas que revolucionan los códigos estéticos. La pintura histórica del siglo XIX, la pintura de batalla, por su parte, despliega temas que excluyen la presencia del libro, demasiado asociada a la intimidad y a lo privado. Los pintores que reintroducen la materia impresa son los cubistas. En Braque se observa gran profusión de material escrito e impreso, pero puesto al servicio de una significación diferente, en absoluto vinculada con la idea del libro como revelador social, sino con un juego de formas y con las relaciones entre las palabras y el mundo. Allí encontramos representada una “reflexión” visual sobre las relaciones entre lo escrito y la imagen y sobre los vínculos entre el espectáculo y la mirada.

¿Puede representarse la lectura como contemplación, reflexión, meditación?

No siempre ocurrió esto. En la pintura antigua, entre fines de la Edad Media y el siglo XIX, el libro, omnipresente, estuvo vinculado con la fuerza del mensaje sagrado. Piénsese en las imágenes de la Virgen, en los cuadros que representan a Santa Ana enseñando a leer a la Virgen o en la obra de Rembrandt. En este último la Biblia aparece como algo inmenso, sin relación con un objeto tipográfico posible o real.

Para retomar la cuestión que está presente en toda esta entrevista, es decir, la transformación de la lectura en relación con el soporte que la materializa, convendrá usted en que la lectio divina, tal como la practican las ancianas de Rembrandt sentadas con sus lentes ante su infolio, parece un poco amenazada.

Desde la época de Rembrandt, se planteaba la cuestión de saber si la Biblia podía publicarse en un formato pequeño. La sacralización del texto, se decía, no podía resistir la indignidad del formato pequeño. Pero lo cierto es que resistió el paso del rollo al *codex*, resistió al abandono del infolio y, sin duda, resistirá al paso al texto electrónico.

La Biblia en CD-Rom que ya comienza a comercializarse en Francia, ¿no es acaso una especie de historia santa lúdica, impropia de toda postura meditativa?

El nuevo soporte del texto permite usos, manejos e intervenciones del lector infinitamente más numerosos y más libres que cualquiera de las formas antiguas del libro. Evidentemente, el lector puede intervenir tanto en el rollo como en el *codex*. Siempre puede introducir su escritura en los espacios vírgenes, pero aun así queda una clara división que se marca tanto en el rollo antiguo como en el *codex* medieval y moderno, entre la autoridad del texto, ofrecido a través de la copia manuscrita o a través de la composición tipográfica, y las intervenciones del lector, necesariamente confinadas a los márgenes, como en un lugar periférico en relación con la autoridad. Sabemos muy bien —y usted señala los usos lúdicos del texto electrónico— que esto ya no es así. El lector ya no está limitado a intervenir en el margen, ni en el sentido literal, ni en el sentido figurado. Puede intervenir en el corazón mismo de la obra, en el centro. ¿Qué queda pues de la definición de lo sagrado que suponía la existencia de una autoridad que imponía una actitud de reverencia, de obediencia o de meditación, cuando el soporte material borra la distinción entre el autor y el lector, entre la autoridad y la apropiación? No sé si

se ha desarrollado una reflexión teológica sobre el mundo del texto electrónico, pero sería absolutamente apasionante que se presentara junto a una reflexión filosófica o una reflexión jurídica.

Sin duda tal reflexión mostraría que es posible distinguir entre un enfoque católico o luterano y un enfoque calvinista. Ciertamente, según las tradiciones religiosas, pero también según las tradiciones intelectuales o las pertenencias sociales, se despliega una multiplicidad de enfoques de la lectura. ¿Esta multiplicidad es infinita?

Infinita, no. Leer, lectura, estas palabras son engañosas. ¿Hay algo más universal? Hay lectores en Roma, en la Mesopotamia, en el siglo xx. Eso parece invariable; siempre se leyó o no siempre se leyó lo suficiente, depende del punto de vista. Por lo demás, como usted lo menciona oportunamente, existe esta multiplicidad de modelos, de prácticas, de competencias, de modo que hay una tensión. Pero esa tensión no crea una dispersión infinita en la medida en que las experiencias individuales siempre se inscriben en el interior de modelos y de normas compartidas. Cada lector, en cada una de sus lecturas, en cada circunstancia, es singular. Pero esta singularidad está atravesada por el hecho de que ese lector se asemeja a todos aquellos que pertenecen a una misma comunidad cultural. Lo que cambia es que la definición de esas comunidades, según los diferentes períodos, no se rige por los mismos principios. En la época de las reformas religiosas, la diversidad de las comunidades de lectores está organizada en gran medida a partir de la pertenencia confesional. En el mundo de los siglos xix y xx, la fragmentación resulta de las divisiones entre las clases, los procesos de aprendizaje diferentes, los estudios más o menos prolongados o el dominio más o menos seguro de la cultura escrita. También podríamos evocar el contraste que, en el siglo xviii, se marcaba entre los lectores de un estilo antiguo que, más que leer, releían, y los lectores modernos que se apoderan con avidez de las novedades, de los nuevos géneros, de los nuevos

objetos impresos, el periódico, el libelo, el panfleto. Aquí la división en estratos remite a una oposición entre ciudad y campo o entre generaciones.

Lo que hay que identificar, tarea difícil para los historiadores o para los sociólogos, es el principio de organización de la diferenciación. No existe una invariabilidad o estabilidad de tal principio. Lo que permite pensar en un proyecto de historia de la lectura o de las lecturas que no termine siendo una especie de colección indefinida de singularidades irreductibles es la existencia de técnicas o de modelos de lectura que organizan las prácticas de ciertas comunidades: la de los místicos, la de los maestros de la escolástica de la Edad Media, la de tal o cual clase social del siglo xix, etcétera.

Los miembros de esas comunidades, suponiendo que pudiéramos identificarlos, imitan, porque se han beneficiado con un aprendizaje, la conducta de la generación precedente, de sus padres o de sus padres por elección. Con la revolución electrónica que vivimos hoy, lo radicalmente nuevo es que no hay un proceso de aprendizaje transmisible de nuestra generación a la generación de los nuevos lectores.

Es por ello que esta revolución basada en una ruptura de la continuidad y en la necesidad de aprendizajes radicalmente nuevos, y por lo tanto la necesidad de tomar cierta distancia con hábitos ya adquiridos, registra pocos precedentes tan violentos en la larga historia de la cultura escrita.

De todos modos tiene sentido compararla con dos rupturas menos brutales. A comienzos de la era cristiana, los lectores de los *codex* tuvieron que desprenderse de la tradición del rollo. Seguramente, aquello no resultó fácil. La transición fue igualmente difícil en toda una parte de la Europa del siglo xviii cuando se hizo necesario adaptarse a una circulación mucho más efervescente y efímera de los textos impresos. Estos lectores se encontraban ante un objeto nuevo que les permitía nuevos pensamientos, pero que, al mismo tiempo, suponía el dominio de una forma inesperada que implicaba técnicas de escritura o de lectura inéditas.

¿Se ha hecho ya algún estudio sobre las nuevas conductas inducidas en la generación que fue criada directamente ante la pantalla?

Es difícil reunir una bibliografía en este sentido porque se trata de textos o bien dominados por los discursos técnicos o bien, por la discusión de las cuestiones políticas que plantean estas técnicas. La descripción etnológica o sociológica de las prácticas continúa siendo marginal. En una obra colectiva, dirigida por Daniel Fabre, *Ecritures ordinaires*, hallamos un análisis de los conflictos que nacieron en un laboratorio de investigación acerca de la utilización del correo electrónico. Por un lado, están los investigadores norteamericanos, habituados a recibir una información considerable y a no respetar en sus comunicaciones ninguna de las convenciones que reglamentan normalmente el intercambio epistolar. Por el otro, están los investigadores franceses que consideran que los primeros ocupan la memoria como uno ocupa un territorio, de manera ilegítima y que, en las comunicaciones epistolares de la pantalla, es necesario preservar las fórmulas de cortesía y de los modos antiguos de dirigirse a los destinatarios. Aquí tenemos pues un conflicto de urbanidad y un conflicto de territorio que, en realidad, traduce tensiones profesionales que revelan una posición desigual de unos y otros en ese laboratorio. Este tipo de estudio ofrece una especie de etnología de las prácticas y permite ver cómo, en la escala de las comunidades específicas, surgen los conflictos alrededor de la definición de códigos y de usos que, por ello, revelan tensiones ocultas.

También sabemos que los primeros verdaderos lectores electrónicos ya no dependen del papel. En las experiencias realizadas en la Biblioteca Nacional de Francia, referentes a una población de lectores profesionales intensivos o de eruditos, se pudo observar que algunos de ellos leían directamente en la pantalla los textos guardados en la memoria de sus ordenadores. En los Estados Unidos, hasta se advierte la práctica de la lectura de conferencias en la pantalla del ordenador portátil, que el conferenciante abre como antes abría su cuaderno de apuntes o su carpeta. ¿Define esta práctica la futura figura del lector? Tal vez.

LA LECTURA *entre la escasez y el exceso*

Persistentemente, tres inquietudes caracterizaron la relación con la cultura escrita. La primera de ellas es el temor de la pérdida. Esta preocupación determinó la busca de textos amenazados, la copia de los libros más preciados, la impresión de los manuscritos, la edificación de las grandes bibliotecas. Contra las desapariciones siempre posibles, se intenta reunir, fijar y preservar. La tarea, nunca completada, está amenazada por otro peligro: la corrupción de los textos. En las épocas de la copia manuscrita, la mano del escriba podía equivocarse y acumular errores. En la era de la imprenta, tanto la ignorancia de los cajistas o de los correctores como las malas costumbres de los editores les hacen correr riesgos aun mayores. De ahí, los esfuerzos de los autores por sustraerse a las leyes de hierro de la librería y de la reproducción mecánica. Preservar el patrimonio escrito de la pérdida o de la corrupción suscita además otra inquietud: la del exceso. La proliferación textual puede llegar a ser un obstáculo para el conocimiento. Para dominarla, son necesarios instrumentos capaces de escoger, clasificar y jerarquizar. Pero, irónica paradoja, esos instrumentos son a su vez nuevos libros que se agregan a los demás.

La proporción de lectores en relación con la población global de los países industrializados, ¿está reduciéndose como piel de zapa? ¿En qué estado se encuentran los debates sobre el aumento de la condición de iletrados en los países ricos?

El debate que se ha desarrollado en Francia y que seguramente tienen sus equivalentes en los Estados Unidos y en otras sociedades europeas occidentales, se inició hace unos diez años a causa de la condición de "iletrados" de los jóvenes, medida en el momento en que se tomaban las pruebas de admisión en el ejército. El 12,5% de los jóvenes fueron considerados iletrados. Al observar más atentamente la composición de ese 12,5% se advertía que menos del 1% eran personas completamente ajenas a la cultura escrita, es decir, que no sabían ni leer y ni escribir. Pero a los demás, o sea, el 11,5%, se los consideraba iletrados porque, para leer, tenían que oralizar y porque sólo podían escribir fonéticamente. En cuanto al primer criterio —la lectura en voz alta como condición de inteligibilidad del texto—, se puede pensar que, durante largos períodos, esta necesidad no correspondía únicamente a los iletrados; también era común a una gran cantidad de personas que pertenecían en mayor o menor medida al mundo de la cultura letrada. Lo mismo que la lectura silenciosa, realizada sólo a través de los ojos, la segunda norma, la que separa la escritura de la oralidad y establece el respeto de reglas gramaticales y ortográficas, se impuso tardíamente. Desde el punto de vista histórico, es interesante ver cómo, al aumentar las exigencias que definen la alfabetización, se transforma el valor, ya sea negativo, ya sea positivo, de ciertas conductas y ciertas prácticas.

¿De modo que no es tanto que avance de la cantidad de iletrados como que la lectura y la escritura se hacen más complejas?

Ciertamente. El Estado tiene otras exigencias; del mismo modo que las empresas, las administraciones exigen cada vez

más. La prueba de ello es el retorno del oficio de escribiente público. No ya el escribiente público que está al servicio de aquel que es completamente iletrado, sino el escribiente público que responde a las demandas de una sociedad burocrática en la que hay que respetar las formas... y los formularios. Cuando uno debe escribir una carta a una autoridad, cuando debe llenar un formulario, cuando quiere presentarse (enviar el curriculum vitæ), el escribiente público llega a ser el mediador obligado entre la competencia, juzgada insuficiente, del que debe escribir y la pericia de quien conoce las normas. Esta es una situación que se advierte claramente en los países de América latina: en Guadalajara, bajo los pórticos de una gran avenida, decenas de escribientes públicos escriben cartas y llenan formularios en máquinas de escribir de la década de 1930.

El escribiente público era una figura muy importante en las sociedades del Antiguo Régimen. Luego fue desapareciendo a fines del siglo XIX, a partir del momento en que, dentro de una categoría social —las empleadas domésticas, las costureras, los obreros, los soldados— comenzó a haber siempre (o casi siempre) alguien que, dentro del mismo medio, podía ofrecer el servicio de escribir para los otros. Esto no significa que las sociedades actuales estén necesariamente menos alfabetizadas que las de fines del siglo XIX, sino simplemente que la interiorización de las exigencias del estado burocrático conduce a delegar a un especialista aquello de lo que uno no se siente capaz.

Sin embargo, el discurso que sostiene que las clases más jóvenes se apartan de la lectura se ha verificado.

Sí, si implícitamente hay un consenso sobre lo que debe ser la lectura. Aquellos a quienes se designa como no lectores leen, pero leen otras cosas que no son las que el canon escolar define como una lectura legítima. Quizá la solución no esté tanto en considerar como no lecturas esas lecturas libres dedicadas a objetos escritos de poca legitimidad cultural, sino en tratar de apoyarse en esas prácticas incontroladas y

diseminadas a fin de ayudar, a través de la escuela, pero también seguramente a través de muchas otras vías, a que esos lectores encuentren otras lecturas. Hay que aprovechar lo que la norma escolar excluye como soporte para dar acceso a la lectura en su plenitud, es decir, a la lectura de textos densos y capaces de transformar la visión del mundo, las maneras de sentir y de pensar.

Volvemos a la problemática de Rousseau, quien pensaba que todos los métodos de aprendizaje de lectura eran buenos, tanto los escolares como los extraescolares.

La postura autodidacta a la manera de Rousseau supone un mundo familiarizado con el libro y con la cultura escrita. Rousseau recuerda qué importantes eran en el medio ginebrino la frecuentación de los libros alquilados, la educación familiar... En ese caso, el aprendizaje extraescolar remite a una cultura escrita que ya se domina. Hay otro modelo de formación autodidacta que es el de la conquista de la cultura escrita a partir del analfabetismo y de la condición de iletrado. Es el modelo puesto de manifiesto por Jean Goulemot y Jean Hébrard a partir de las *Mémoires* de Jamerey Duval, un pastor ignorante e iletrado que, progresivamente, conquista la cultura escrita para llegar a ser uno de los personajes eminentes de la República de las Letras de la Ilustración. Jamerey Duval vincula su entrada en el mundo de la escritura con el encuentro, en las bibliotecas de las aldeas, de las fábulas de Esopo ilustradas y los libros de la Biblioteca azul, esas ediciones baratas vendidas por los buhoneros. En este caso no se trata de lecturas ilícitas o reprobadas, pero son lecturas que él llega a conquistar movilizandolas imágenes para descifrar el texto. Los libros de la Biblioteca azul, por la estructura repetitiva de su construcción, permitían una entrada más fácil en la esfera de lo escrito, a diferencia de los textos más originales, más singulares. Representan así una apropiación a hurtadillas de la cultura escrita. De modo que, por un lado, están las enseñanzas de la escuela y, por el otro, están todos los aprendizajes que se hacen fuera de la escuela,

o bien, a partir de una cultura escrita ya dominada por el grupo social, o bien mediante una conquista individual que siempre se vive como una separación del medio familiar y social y, al mismo tiempo, como una entrada en un mundo diferente.

Sólo en la Europa del siglo XIX el Estado pretende imponer a todos un aprendizaje común del que el propio Estado tendría las claves. Pero, sorprendentemente, si observamos con atención el discurso estatal de la época, advertimos que las autoridades de entonces estaban tan asustadas por la posible proliferación de lectores como lo están las autoridades actuales por su supuesta disminución.

Hay que remontarse aún antes del siglo XIX. Demasiados lectores, demasiada lectura. Estos son dos temas muy importantes en la larga historia de las sociedades de la Edad Moderna, a partir del siglo XVI. Demasiados lectores: la idea traduce el modelo estático establecido de la sociedad del Antiguo Régimen, donde los hijos deben reproducir la condición social de los padres. Ahora bien, la adquisición de la lectura y de la escritura lleva a una población de escolares y luego de graduados de las universidades a abandonar la tierra o el trabajo artesanal y a volcarse a los oficios de la pluma y de la palabra. Todo esto hace que los poderes y los poderosos lo perciban como un gran desorden social que terminaría por agotar al Estado puesto que, alejados de las tareas productivas de la agricultura o de la manufactura y en procura de oficios o de beneficios, los lectores, transformados en estudiantes demasiado numerosos, obligan a importar del extranjero lo que ya no se produce en el país. Y la teoría mercantilista teme más que ninguna otra cosa el agotamiento de la riqueza metálica del reino, dilapidada a causa del pago de las importaciones. Esta es una imagen muy poderosa, enraizada en las concepciones económicas, que sólo concibe el orden social en la reproducción idéntica de las condiciones heredadas.

El discurso se prolonga bastante más allá del Antiguo Régimen. Continúa sosteniéndose cuando comienzan los grandes movimientos de gente de la industrialización. Es un discurso que compara los riesgos que implica para el pueblo la multiplicación de los lectores con los riesgos de la urbanización.

En una sociedad en la que ya no existe una jerarquía jurídicamente codificada de los órdenes y de los estados sociales, la apertura democrática hace que todos puedan aspirar a la movilidad social. Pero este ideal democrático, que hace que todo individuo tenga la posibilidad de entrar en la escuela elemental, aparecerá acompañado por una estricta jerarquización de los niveles escolares. Si bien la educación primaria llega a considerarse necesaria, la enseñanza secundaria y a fortiori la universitaria continúan siendo un dominio restringido y abierto solamente a una minoría. Lo cual crea un problema a nuestras sociedades contemporáneas, cuando la enseñanza secundaria y luego la universitaria hacen caer las barreras de ingreso y, por ello, reciben a aquellos que ya no son herederos, para utilizar el término de Bourdieu y de Passeron.

Demasiado lectores, se dijo durante mucho tiempo. Y durante mucho más tiempo se repitió: ¡demasiadas lectoras!

En *La escuela de las mujeres*, Arnolphe le da a leer a Agnès las máximas del matrimonio que él ha compuesto: esto supone que tiene una mujer lectora. Pero el personaje se siente amargamente afligido por el hecho de que ella haya aprendido a escribir, lo que le permite a Agnès enviar recados a su enamorado. Por mucho tiempo, la lectura de las mujeres permanece sometida a un control que justifica la mediación necesaria de un clérigo o una persona instruida, por temor a las interpretaciones libres, sin garantía de la autoridad. Podríamos comparar esta obsesión con el temor que sentía la Iglesia ante la idea de que todos los cristianos leyeran la

Biblia. El propio Lutero, ya en la década de 1520, después de haber puesto la Biblia al alcance de todos al traducirla al alemán, hace un movimiento de retroceso cuando se da cuenta de que esa libertad suscita interpretaciones —las de los anabaptistas, por ejemplo— política y socialmente peligrosas. De ahí, el retorno al catecismo y a la enseñanza del pastor.

¿Hasta cuándo se prolonga ese discurso defensivo que juzga más peligrosos los riesgos de la lectura que ventajosas sus aperturas? Las extrañas reacciones provocadas por la aparición del libro de bolsillo inmediatamente antes y sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, ¿no podrían considerarse semejantes a la censura y a la supervisión de la Biblioteca azul y de los libros de venta ambulante?

En efecto, el temor de un exceso de libros es muy antiguo. Se encuentra ya en tiempos en los que, sin embargo, la producción del libro no tiene las dimensiones que habrá de adquirir en el siglo XIX o a comienzos del siglo XX. La multiplicación de libros queda asegurada por primera vez con la invención de Gutenberg; luego, en el siglo XIX, por la industrialización de la actividad impresora y, finalmente, en el siglo XX, por la multiplicación de las tiradas que significa la aparición del libro de bolsillo. Ante esta multiplicación, hay quienes están en condiciones de dominarla porque su cultura y los instrumentos que ha construido esa cultura permiten orientarse racionalmente en ese mundo prolífico y están aquellos otros que, completamente desvalidos ante esta profusión, hacen malas elecciones y se sienten asfixiados o desbordados por la producción escrita. En suma, leen lo que nunca debieron leer. De modo que la idea de la proliferación de las lecturas incontroladas y la idea de la multiplicación de los lectores incontrolables van juntas.

El libro de bolsillo dio una nueva forma a esas publicaciones frágiles, poco cuidadas y poco costosas que, desde fines del siglo XVI, estuvieron destinadas a aquellos o aquellas que no podían o no querían entrar en las librerías. El conjunto de esas colecciones, series y bibliotecas se comercializaban a

través de la venta ambulante, lo cual no implica que se vendieran sólo en el campo. “Sin méritos”, estas obras estaban condenadas al desprecio de las personas letradas y a la destrucción. Lo mismo se ha dicho del libro de bolsillo. Quienes lo despreciaban o le temían expresaban su nostalgia por una forma noble de libro y recelaban la pérdida de su propio control sobre la cultura escrita, apoyado en una serie de dispositivos tales como el comentario y la crítica, que establecían una clasificación entre las diferentes clases de lectores y las diferentes categorías de lecturas.

En la perspectiva actual, se observa que el libro de bolsillo, más que acercar a la lectura a aquellos que no estaban familiarizados con la cultura libresca, multiplicó las lecturas de quienes ya eran lectores. Con la aparición del libro de bolsillo, los títulos pertenecientes al corpus clásico de textos “legítimos” fueron los primeros en mejorar su fortuna. Luego, ese formato constituyó el soporte de otros tipos de literatura, como las novelas policiales, la colección Harlequin, etc. Pero, en su origen, el libro de bolsillo, como la Biblioteca azul, tenía por objeto atraer nuevos lectores, dándoles una nueva forma, más accesible y menos cara, a textos que habían sido publicados ya con otra forma para otros lectores. En realidad, lo mismo que en el caso de la Biblioteca azul, una vez transcurrida la primera época de menosprecio, el libro de bolsillo llegó a ser un objeto de colección. Ya tempranamente, desde el siglo XVIII, aparecen los coleccionistas de la Biblioteca azul. Así podemos encontrar en la Biblioteca Nacional, series de volúmenes de la Biblioteca azul, adornados con magníficas encuadernaciones, que llevan el escudo de armas de un grande. Esa mirada aristocrática puesta sobre un objeto popular es una primera manifestación de toda una actitud que hará apreciar y buscar los objetos despreciados.

Durante mucho tiempo las autoridades se arrogaron el poder de guiar y de seleccionar: la familia, la Iglesia —recordemos el éxito extraordinario del abate Bethleem y de sus Livres à lire, livres à proscrire—, la escuela y su prolongación, los bibliotecarios públicos que constituyen

otro tipo de preceptor. Hoy se produce una ruptura. ¿Por qué, de pronto, ninguna de estas autoridades se apropia ya de la función de seleccionar, de excluir o de desaconsejar ciertas lecturas, como si el temor que provoca la dificultad de la lectura ejerciera su efecto en la misión primaria de todos esos cuerpos constituidos?

Cada una de las instituciones mencionadas, la escuela, la Iglesia, la familia y la biblioteca, tiene sus propias razones que explican su incertidumbre. Sería un poco apresurado considerar que es posible inscribirlas en una misma perspectiva. Los tres grandes discursos sobre la lectura del siglo XIX, el de la escuela, el de la Iglesia y el de la biblioteca —que corresponden a tres cuerpos de profesionales, para utilizar las palabras de Max Weber, los maestros, los clérigos y los bibliotecarios— tenían contenidos diferentes (la escuela republicana y la Iglesia romana no tenían la misma concepción sobre lo que era bueno leer), pero es cierto que empleaban los mismos instrumentos para imponer el corpus de obras y de prácticas consideradas legítimas. Los tres discursos de la autoridad se desmoronaron, tal vez porque el mundo social se alejó de las instituciones que los enuncian. Por su complejidad, su carácter imprevisible, las vías a menudo disimuladas que recorren, las prácticas de lectura se emanciparon de las exhortaciones y las normas, del mismo modo en que lo hicieron las prácticas sexuales.